

Todas las tardes se asoma Martín a su ventana. Desde allí le gusta contemplar los barcos de la bahía. El barco pesquero de Leo, el velero de Damián (su vecino de enfrente), la roñosa barquichuela de su padre, Mayra.

Cuantas veces navegaron juntos Martín y su padre en Mayra. Con su banquito de madera tan brillante de un color rojo chillón. Solían ir a pescar a la ría, aunque no eran muchas las veces que conseguían pescado. Casi siempre tiraban de la caña y salía alguna botas vieja o algún hierro oxidado. Pero aún así, era bonito, porque estaba con su padre y hablaban mucho.

Ahora su padre apenas habla, el Alzheimer le ha hecho olvidar hasta que tiene hijos. Pero su pasión por el mar sigue intacta. A veces Martín lleva a la playa a pasitos cortos, como si fuera un niño, y aunque su padre permanece callado, su rostro muestra gran alegría, cuando las olas rompen a sus pies. Martín sonríe cada vez que lo ve así. “Aún está vivo” - se dice para sí mismo. “No me recuerda ni así mismo tampoco, pero está vivo”.

De él heredó Martín su pasión por el mar. Como buen gallego, ama los Rías Baixas, el pulpo y las vieiras, y más aún como las prepara Maruxa su mujer. Ella también es hija de pescadores. Pero odia la mar, porque una mala noche se apoderó de su padre. La tormenta fue tan fuerte que no pudo resistir la marejada el pesquero Atlantis que así ase llamaba. Viajaban nueve tripulantes en él, entre ellos el padre de Maruxa y murieron todos.

Cada vez que hay tormenta Maruxa llora desconsoladamente y ni Martín puede consolarla. Pero con el sol se le pasa todo y ríe con la alegría de un niño.

Maruxa y Martín tienen tres hijos, pero ninguno de ellos ha heredado la pasión por el mar. Ana la mayor se fue a Madrid, donde trabaja en un ilustre Colegio de Abogados. Los dos más jóvenes viven con los padres, pero ambos estudian carreras universitarias y sólo se acercan a la mar en verano, a tomar el sol con los amigos. A Martín le da mucha pena que no les guste ir a pescar con él, como hacía él con su padre, “pero es ley de vida” - se dice triste. “Llegará un día en que nadie piense en la pobre barca roñosa de mi padre”.

Y que cierto es como dice Martín, que pronto pensaremos que los peces andan por la calle y que los pulpos son animales salvajes. O peor aún, que son esas “cositas” enlatadas tan ricas que se venden en el supermercado.

Y que el mar es sólo ese charco donde nos bañamos, en verano. Y olvidaremos que muchos hombre han faenado en la mar toda su vida para sacar adelante a grandes abogados, médicos y economistas, jugándose para ello muchas veces su vida

Autora: IDOIA GARCIA GARCIA.

Alumna 4º E.S.O. LA ANUNCIATA IKASTETXEA

Ganadora CONCURSO AZTERKOSTA'2002

Modalidad CUENTOS DE 12 - 16 AÑOS